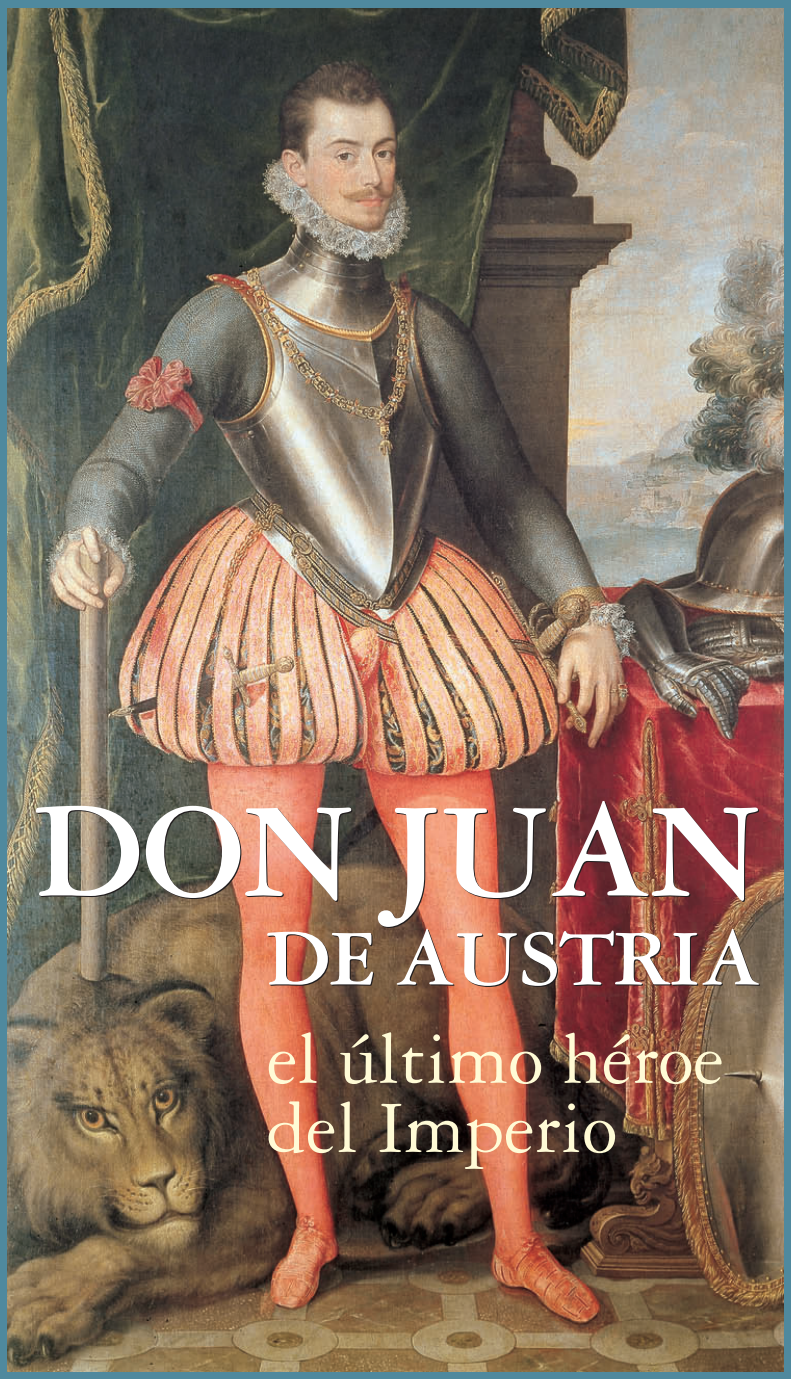


# DON JUAN DE AUSTRIA
## el último héroe del Imperio

Hace 450 años, el emperador Carlos V reconoció a Juan de Austria como hijo natural. El hermano bastardo de Felipe II se reveló como un formidable genio militar frente a los moriscos en las Alpujarras, a los turcos en Lepanto y a los protestantes en los Países Bajos. Sus éxitos le convirtieron ya en vida en un personaje legendario, cuyo magnetismo se mantiene. Cuatro especialistas presentan al hombre, analizan sus hechos de armas y explican la forja y la fortuna de su mito

**Don Juan de Austria, por Alonso Sánchez Coello (Madrid, Monasterio de El Escorial).**

**56. El mito del buen vasallo**
*Ricardo García Cárcel*

**58. Las servidumbres del éxito**
*Carlos Blanco Fernández*

**64. Pruebas de fuego**
*Antonio Fernández Luzón*

**70. Personaje de leyenda**
*Josep Palau Orta*

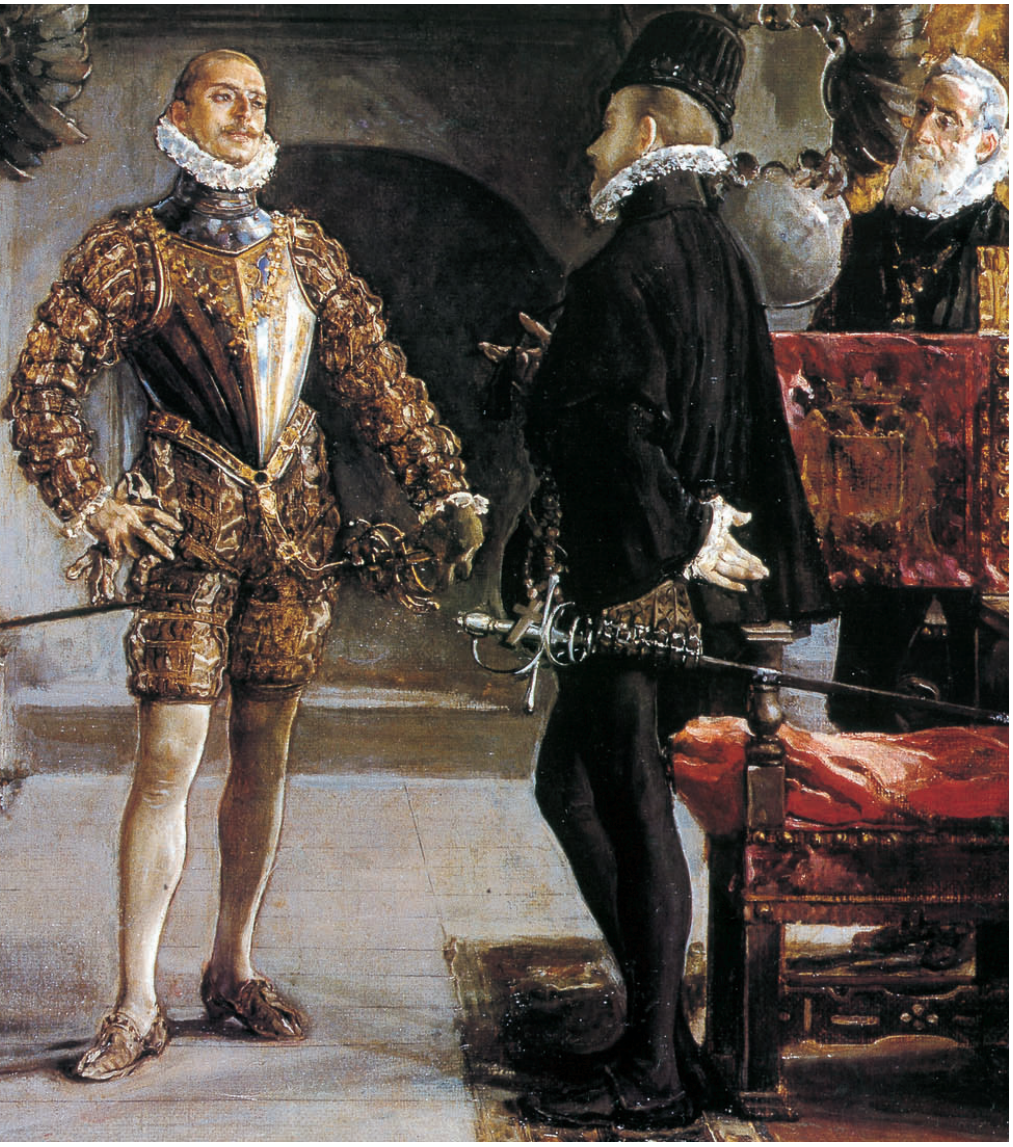
Última entrevista de Juan de Austria y Felipe II, por José Villegas, Las Arenas, col. particular.

# El mito del buen VASALLO

Como el Cid frente a Alfonso VI, antes, o Juan José de Austria y Carlos II, después, las relaciones entre Felipe II y su hermano bastardo Don Juan de Austria entraron en un molde imaginario popular que, para explicarse la decadencia, contraponía la figura del buen vasallo a la del mal señor. **Ricardo García Cárcel** lo estudia

Quién de mi generación no recuerda a Jaime Blanch haciendo de *Jerom*ín, en aquella película que contaba las peripecias infantiles de Juan de Austria, sobre un guión apoyado en la inefable obra del padre Coloma? Don Juan de Austria ha sido un personaje apasionante. Por lo que fue: el héroe militar de la Guerra de las Alpujarras, de la Batalla de Lepanto,

**Ricardo García Cárcel** es catedrático de Historia Moderna, U. A. Barcelona.



de la revuelta de Flandes. Moriscos, turcos, protestantes, los enemigos de la monarquía española, y hasta de la civilización católica, llenaron la combativa vida de Don Juan de Austria, dándole un sentido épico a aquellos, tan cortos como intensos, treinta y dos años de vida.

La vida de Don Juan de Austria marca la inflexión de la política de su hermanastro, el rey Felipe II, desde el caduco erasmismo y las expectativas liberales de los primeros años de gobierno del padre de ambos, Carlos V, hacia el integrismo feroz por el que se desliza Felipe II, desde los años ochenta del siglo XVI. Don Juan de Austria fue el símbolo más expresivo del cambio de coyuntura. Aparece políticamente a la sombra de los autos de fe de 1559; reprime militarmente la revuelta morisca, enterrando definitivamente los sueños integracionistas y postalaverianos; se llena de gloria en la victoria de Lepanto frente a los turcos, demostrando la tenacidad de la tan discutida conexión moriscos-turcos; y se enmohece luchando en Flandes contra el enemigo imposible: el protestantismo. Su fracaso final fue el eje sobre el que giró, *a posteriori*, la política de Felipe II: impermeabilización, recelo y desconfianza general, integrismo ideológico. Don Juan de Austria significó la apuesta política por una España imperial, que creía que podía y debía mantener a salvo las fronteras de cristiandad (frente a los turcos y moriscos) y de catolicidad (frente a los protestantes). Nada fue igual a su muerte: el fantasma de la decadencia persiguió inexorablemente al rey Felipe II, convirtiéndolo en el patético protagonista de los cuadros de Pantoja de la Cruz. Don Juan de Austria fue, en definitiva, el último héroe feliz de un Imperio español próximo a su canto de cisne agónico.

Pero héroes, tuvo muchos el Imperio, algunos más eficaces aunque menos mediáticos que Don Juan. Lo que ha propiciado la enorme literatura sobre su persona ha sido más lo que pudo ser que lo que fue. El imaginario español ha sido pródigo en *alter-egos*. Primero, fue la contraposición del buen vasallo al señor que no está a la altura. El ejemplo paradigmático fue el Cid y Alfonso VI, o Gonzalo Fernández de Córdoba y el Rey Católico, o Hernán Cortés y Carlos V. Después, la contraposición se sitúa en el propio ámbito cortesano. Y así surge la dualidad de Juan de Austria y Felipe II, que a fines del siglo XVII se reprodujo en las figuras de Juan José de Austria y Carlos II, o Felipe V y el archiduque Carlos. El imaginario siempre ha tendido a construir "otras" alternativas a la insatisfactoria realidad del poder vigente, acompañándolo de las subsiguientes hipótesis contrafactuales: "Si no hubiera...", y desde esta percepción negativa tan nuestra que nos hace pensar que lo otro siempre hubiera sido mejor.

## Morbo y realidad

Juan de Austria ya fue promocionado en vida como sueño alternativo de muchos españoles. Las relaciones conflictivas de los hermanastros quizá sean más el fruto del morbo imaginativo que no de la realidad. Van der Hammen y Porreño, biógrafos de Felipe II, lo fueron también de Juan de Austria, homologándoles a ambos cual si se tratara de una reedición del "tanto monta". La exaltación de Juan de Austria tuvo su máximo esplendor en el Romanticismo. Ha habido que esperar al siglo XX para que se revisaran y devaluaran algunos de sus perfiles míticos. Pero incluso en la reciente biografía de Bennassar no faltan los testimonios de fascinación hacia un personaje que reunió todos los ingredientes en su vida personal (hijo natural, secreto, amores múltiples que simbolizan la culminación del amor cortés) y en su proyección político-militar de caballero victorioso, para convertirse en mito.

En este dossier se intenta descender del mito al hombre, del héroe mediático al personaje histórico, planteando todos los interrogantes que la agitada vida de Juan de Austria sugiere. ■

# Las servidumbres del ÉXITO

Encumbrado por su hermanastro Felipe II, que le reveló el secreto de su origen, Don Juan de Austria hizo una fulgurante carrera militar que, paradójicamente, le acabó alejando del desconfiado monarca español. **Carlos Blanco** narra la novelesca vida del bastardo del Emperador

En la primavera de 1579, una pequeña comitiva organizada por Felipe II viajó de incógnito desde la ciudad belga de Namur hasta el recién levantado monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Ese viaje, para el cual se atravesó excepcionalmente el reino de Francia con el beneplácito de la monarquía de los Valois, en realidad camuflaba un esfuerzo piadoso del propio Rey Prudente: se trataba de un cortejo fúnebre encargado de transportar los restos de Don Juan de Austria, hermano del monarca, y darle sepultura entre los suyos.

Esa actitud de Felipe II no fue más que el producto de una relación condicionada entre ambos a lo largo de sus vidas. Condicionada en primer lugar por sus propios caracteres, pero marcada también por el clima y por el ambiente en el que desarrollaron su relación. Y es que, a pesar de ser hijos de un mismo padre, de compartir una misma sangre, los juegos del poder y los guiños de la fortuna fomentaron el distanciamiento entre los dos hermanos.

Carlos V enviudó de Isabel de Portugal en 1539 y nunca más volvió a contraer matrimonio. A pesar de ello, la nómina de amantes y de hijos naturales no cesó. De todas esas relaciones, la que ha suscitado una mayor atención

Carlos V, padre de Felipe II y Don Juan de Austria, enviudó en 1539 y no se volvió a casar, pero tuvo varios hijos naturales (retrato de Tiziano, Madrid, Museo del Prado).

**Carlos Blanco Fernández** es profesor de Historia Moderna, U. A. Barcelona.

y, por qué no, una mayor controversia ha sido la que mantuvo con Bárbara Blomberg. Esta mujer fue amante de Carlos V cuando éste se encontraba combatiendo contra los príncipes protestantes alemanes agrupados en la Liga de Smalkalda. Fruto de esa relación, en 1547, nació Don Juan de Austria en Ratisbona. ¿Quién fue esa mujer?

## Bella y misteriosa madre

Los primeros biógrafos de Don Juan creían que, tras ese nombre, se ocultaba alguna hija de la nobleza germana. Pero poco después esa percepción mudó hacia la consideración de que se trataba de la hija de algún burgués de esa ciudad alemana, una imagen que contrasta, precisamente, con las tesis más recientes que la vinculan con el mundo de la prostitución. Los únicos elementos en los que coinciden todos los biógrafos de Don Juan de Austria es en destacar tanto la belleza física de esa mujer, así como la exaltación de sus dotes artísticas. Pero los testimonios acerca de su imagen y su voz no constituyen de por sí indicios suficientes como para identificarla como una meretriz. Lo que refuerza esa imagen son, precisamente, los hechos que acontecieron tras el alumbramiento de Don Juan.

Nada más nacer, el niño fue separado de su madre por orden del propio Carlos V. Bautizado como Jerónimo, pasó los primeros años de su vida al cuidado de un músico de la Corte, llamado Francisco Massy, y de su mujer, que se instalaron en la villa de Leganés. Posteriormente, en el verano de 1554, don Luis de Quijada, hombre de confianza del Emperador, se hizo cargo de la tutela del niño, junto con su esposa Magdalena de Ulloa, en sus dominios de Villagarcía de Campos, lejos de cualquier amenaza que pudiera relacionar al niño con el César.

Pero el silencio de la existencia del niño también afectó a la persona de Bárbara Blomberg. Al poco tiempo de dar a luz a Don Juan, se le arregló un matrimonio con un oficial del ejército imperial, con el que posteriormente tuvo dos hijos. A los pocos años, ya viuda, la Corona le otorgó una pensión vitalicia, con objeto de mantener su silencio. Con todo, Carlos V no debía confiar mucho en ella, puesto que ordenó que fuera permanentemente

**Retrato de juventud de Don Juan de Austria, por Alonso Sánchez Coello (México D. F., col. particular).**

## EL CÍRCULO ÍNTIMO

**Don Carlos de Austria**
**Valladolid, 1545-Madrid, 1568**
Hijo de Felipe II y María de Portugal, el compañero de juegos de Don Juan era enfermizo y desequilibrado. Compartía con su padre el desafecto mutuo. Quiso que Felipe II le hiciera gobernador de los Países Bajos y al no lograrlo trató de huir. Cuando el Rey lo supo, lo hizo encerrar en el Alcázar de Madrid, donde murió siete meses después.

**Isabel de Valois**
**Fontainebleau, 1546-Madrid, 1568**
Hija de Enrique II de Francia y de Catalina de Médicis, fue la tercera esposa de Felipe II, tras haber sido antes destinada a Carlos, el heredero español. Al parecer, éste estaba enamorado de ella y Felipe II llegó a prohibir que la viera. Por razones de edad, era también del círculo de confianza de Don Juan de Austria. Murió en su tercer parto, tras dar dos hijas al Rey, las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela.

**Alejandro Farnesio**
**Roma, 1545-Arras, 1592**
Era hijo de Margarita de Parma, que a su vez era también hija natural de Carlos V. Se casó con la princesa María de Portugal. Luchó en la Batalla de Lepanto junto a Don Juan, quien después reclamó su presencia en los Países Bajos, donde hizo una brillante campaña. Antes de morir, Don Juan le nombró gobernador y Felipe II le confirmó en el puesto.

**Luis de Requesens**
**Barcelona, 1528-Bruselas, 1576**
Lugarteniente general de Don Juan de Austria y consejero privado de Felipe II, participó en la campaña de Las Alpujarras y en la Batalla de Lepanto. Sucedió al duque de Alba como gobernador de los Países Bajos, en 1573, y adoptó una política moderada y conciliadora que, finalmente, fracasó.

vigilada. Lo mismo hizo Felipe II a partir de 1559, cuando conoció el secreto de su padre. Los informes que llegaban sobre ella no eran demasiado halagüeños: problemas económicos, descontrol de los gastos, sospechosas amistades con diferentes hombres y una relación muy estrecha con la propietaria de una mancebía de Amberes provocaron que Felipe II ordenase su traslado a la Península, donde habitó en diversos lugares, hasta su muerte en Colindres en el año 1598.

### La familia crece

La abdicación de Carlos V y su decisión de retirarse al monasterio jerónimo de Yuste afectó de lleno a la vida de Jeromín. La llegada del César a Castilla significó el regreso de don Luis de Quijada al servicio del monarca. Jeromín, que durante su estancia extremeña sirvió de paje al Emperador, nunca llegó a imaginar que era su hijo. El secreto se logró mantener hasta la muerte del propio Carlos, a pesar de que aún en vida se especulaba en la Corte con la presencia de un niño que podría ser su hijo. Todos los indicios apuntaban a Jeromín, debido a su más que evidente aspecto centroeuropeo. Tras la muerte de Carlos V, los rumores siguieron llegando incluso a oídos de la infanta doña Juana, en aquel momento Regente de Castilla por ausencia de Felipe II, quien obtuvo de boca del propio don Luis de Quijada la confirmación del secreto.

La revelación fue limitada sólo al círculo más íntimo de la infanta, ya que se debía esperar al regreso de Felipe II para informarle y que él, como cabeza de los Habsburgos hispanos, tomase la decisión oportuna. Al poco de llegar de los Países Bajos, Felipe II asistió al conocidísimo auto de fe de Valladolid (1559), que sirvió de macabro marco para que el monarca conociese visualmente a su hermano. La revelación a Jeromín no ocurrió hasta unas jornadas más tarde, cuando en el transcurso de una cacería, cerca de los dominios de los Quijada en Villagarcía, el propio monarca le informó sobre su identidad.

Felipe II hizo lo que no había hecho su padre en vida. No sólo reconoció a aquel niño rubio, de ojos azules y blanco de piel como hermano suyo, sino que además lo integró dentro de la familia real, con casa y rentas propias, y le cambió el nombre por el de Don Juan. Su primer acto público como hijo de Carlos V y hermano del monarca fue durante la jura como Príncipe de Asturias de su sobrino Don Carlos, en la Catedral de Toledo, en 1560.

Se podría decir que los primeros años de Don Juan en la Corte fueron relativamente felices. Muy pronto formó camarilla con su sobrino Don Carlos y con Alejandro Farnesio, hijo de Margarita de Parma. Poco tiempo más tarde se les unió la nueva esposa de Felipe II, Isabel de Valois. No hemos de obviar que todos ellos tenían más o menos la misma edad.

Desde su nacimiento en condición de ilegítimo, y siguiendo con la tradición de la casa real hispana, Don Juan estaba destinado a ocupar algún alto cargo dentro de la jerarquía eclesiástica. De hecho, recibió una sólida formación intelectual, con estancia incluida en Alcalá, en compañía de Don Carlos y de Alejandro Farnesio.

**Felipe II reveló a Don Juan su verdadera identidad a su regreso de los Países Bajos, en 1559, durante una cacería**

Pero a pesar de esa tradición, su afición por las armas fue temprana. Su origen se remonta ya a los tiempos en los que vivió en casa de don Luis de Quijada, en Villagarcía de Campos. Uno de los primeros indicios de esa afición por el mundo de lo militar fue el episodio de su huida de la Corte para sumarse a la expedición militar que tenía como objetivo socorrer la isla de Malta del asedio turco. Ante la negativa de Felipe II para que Don Juan se uniese a la expedición, éste consideró que la única forma de hacerlo pasaba por huir de incógnito de la Corte y presentarse en la Ciudad Condal. Desobedeciendo a su hermano, y lo que es peor al Rey, Don Juan tomó rumbo a Barcelona, perseguido por los agentes de Felipe II hasta las mismas puertas del Reino de Aragón. Cuando Don Juan llegó a Barcelona, para fortuna de su hermanastro,

***Presentación de Don Juan de Austria a Carlos V en Yuste***, por Rosales (1869). Jeromín no sabía entonces que era su padre (Madrid, M. Prado).

la flota ya había partido, por lo que hubo de volver a Madrid y a la autoridad de Felipe.

A pesar de su actuación, Felipe II acabó por ceder ante las inclinaciones belicistas de su hermanastro. El estallido de la revuelta morisca en el antiguo reino de Granada y la pésima gestión inicial llevada a cabo por el marqués de Los Vélez propiciaron que Felipe II le pusiera al frente de la maquinaria militar que debía acabar con la rebelión. A pesar de gozar de un amplio poder, Don Juan se encontraba muy limitado. Apenas contaba 20 años de edad y ninguna experiencia en los campos de batalla, por lo que Felipe II le impuso un consejo militar que revisase todas sus actuaciones. La composición de ese consejo da idea de la importancia que dio el Rey Prudente a la rebelión alpujarreña, ya que incluyó a una buena glosa de militares experimentados, como el duque de Sessa, don Luis de Requesens, Diego de Deza o el propio don Luis de Quijada, quien pereció durante la campaña.

Victorioso de las jornadas alpujarreñas, Don Juan comenzó a disfrutar de las mieles del éxito. La amenaza musulmana seguía presente, a pesar de los episodios de Malta y de las Alpujarras. Las costas meridionales europeas se veían continuamente expuestas a los ataques de la flota turca y de los barcos piratas de origen norteafricano. La monarquía hispánica, el papado y la República de Venecia acordaron la creación de la Liga Santa en 1570, una flota conjunta que durante los siguientes tres años debía contrarrestar y combatir la amenaza exterior.

## Coalición reticente

A pesar de ese compromiso, las rivalidades internas afloraron a la hora de designar a la persona que debía coordinar y dirigir ese proyecto. Desde Madrid, Felipe II movió toda su maquinaria diplomática para conseguir imponer en el puesto a Don Juan, bajo el argumento de que, siendo quien más aportaba, el derecho de elección le correspondía. Los restantes miembros de la coalición acataron el nombramiento con prudencia y desconfianza. Por un lado, Don Juan era miembro de la familia real hispana, lo que significaba una evidente identificación de los intereses de Felipe II con el proyecto colectivo pero, además de eso, también mostraba los intereses del monarca hispano por controlar y dirigir esa maquinaria bélica. Un segundo motivo de desconfianza por parte de los aliados italianos fue la propia personalidad de Don Juan. A pesar de sus regios ascendentes, apenas contaba 23 ó 24 años, sin más experiencia militar que su mando granadino y algunas escaramuzas navales en las costas ibéricas. La duda de los aliados era evidente: ¿Sería capaz de manejar un arma tan poderosa? ¿Podría actuar con independencia de la voluntad de Felipe?

Los hechos parecen indicar que tanto Roma como Venecia temieron el enorme ascendente de Felipe II sobre la flota. La única forma de contrarrestar las maniobras del Rey Prudente fue situar en el Consejo Militar a sus mejores estrategas y políticos, como Sebastián Veniero por parte de la República de Venecia y Marco Antonio Colonna, en representación de Pío V. El propio Felipe II pareció compartir los miedos de sus aliados en lo referente a la inexperiencia de su hermanastro, por lo que recurrió a algunos hombres que ya integraron aquel consejo y que tan bien le había servido en Las Alpujarras, como fue el caso de don Luis de Requesens. Por otra parte, Felipe también recurrió a los servicios del

**Antonio Pérez**, secretario de Felipe II, por Alonso Sánchez Coello (Toledo, Fundación Casa Ducal de Medinaceli).

Antonio Pérez recibiendo a su familia **después del tormento**. El secretario real alejó a Felipe II de Don Juan (Vicente Borrás y Mompó, Museo del Prado, depositdao en la U. de Valladolid).

almirante genovés Andrea Doria, seguramente uno de los mejores estrategas navales de su época y buen conocedor de los entresijos de la política italiana.

A pesar de las diferencias internas dentro del Consejo, todo parece indicar que su composición fue, al menos, un éxito parcial. No en vano, la experiencia y las órdenes de sus integrantes se impusieron sobre algunas decisiones de Don Juan, evitando así algunas tristes jornadas para la Liga. Pero aun así, la fortuna hizo acto de presencia el 7 de octubre de 1571. La flota turca se encontraba resguardada en el golfo de Lepanto. La épica de la jornada y la victoria cristiana fueron ampliamente publicitadas por todo el Occidente cristiano. Don Juan, como máximo responsable de la flota, pasó a convertirse en un personaje mediático, tanto entre los círculos más populares como entre los cortesanos.

## Una difícil relación

La repercusión de la victoria sobre los turcos alimentó inmediatamente un distanciamiento entre Felipe II y Don Juan de Austria. La nueva imagen aguerrida y triunfante de Don Juan sobre el infiel, surgida tras Lepanto le legitimaba como heredero de la imagen con que se recordaba a Carlos V, contraponiéndose al secretismo palaciego que representaba Felipe II. Todo ello aconteció en una coyuntura interna difícil para la Casa de Austria, como lo fue el decenio de 1568 a 1578. Tras la muerte de Don Carlos (1568) y durante las minorías de los infantes Diego y Felipe –este último nació en 1578– los intereses políticos y personales de las diferentes facciones de la Corte vieron en la relación entre los dos hermanastros el instrumento perfecto para colmar sus ansias personales.

El alejamiento de Don Juan de Madrid y su retiro en Italia, así como el uso de intermediarios para sus comunicaciones personales, favorecieron un distanciamiento recíproco. El punto crucial de la ruptura de relaciones entre ambos puede situarse sobre 1574. La salida de Venecia de la Liga y la reducción del presupuesto destinado al mantenimiento de la flota por parte de Felipe II, como antesala a la bancarrota que se produjo al año siguiente, mermó la capacidad militar de Don Juan y la pérdida de plazas norteafricanas tan importantes como Túnez o La Galera. Don Juan era militar y no un político. Nunca entendía las decisiones de su hermano. De ello se aprovecharon tanto su secretario personal, Rafael Escobedo, como el secretario real Antonio Pérez. Desde sus puestos de confianza, tramaron toda una estrategia encaminada hacia sus provechos personales.

El objetivo final de Felipe II era evitar la vuelta de Don Juan a la Corte. Se había convertido en un personaje incómodo y peligroso, o al menos así lo creía el Rey Prudente, con la inefable ayuda de Antonio Pérez y la princesa de Éboli. La relación familiar había quedado totalmente subordinada a la relación política.

## El último año de Juan de Austria fue un infierno de reveses militares y políticos, desencantos personales y temor al Rey

La presencia de Don Juan en Italia no se redujo únicamente a los aspectos militares. El abandono de la Liga por parte de Venecia y la continua reducción de los presupuestos destinados a la flota provocaron que ésta estuviera más tiempo amarrada en puerto que en situación operativa. Fruto de esa coyuntura, la presencia de Don Juan en las fiestas de la nobleza italiana, especialmente la napolitana, fue en aumento.

Como consecuencia de esa agitada vida social, Don Juan mantuvo varias relaciones sentimentales. De sus amores con Diana Falangola, por ejemplo, nació en 1573 una niña, a la que se le llamó Juana. Previamente, ya tenía otra hija, nacida en 1570 y bautizada como Ana,

fruto de su aventura con María de Mendoza. Fue, sin embargo, su vinculación con Ana de Toledo, esposa del gobernador militar de Nápoles, la que causó en Madrid mayor revuelo. No sólo era ilícita, puesto que implicaba adulterio, sino que además pronto se descubrió cómo Ana de Toledo la había utilizado para beneficiarse de algunas decisiones políticas.

## El ocaso

El fallecimiento de don Luis de Requesens, en 1576, dejó vacante el gobierno de los Países Bajos, que se encontraban en rebelión contra la monarquía hispánica desde 1568. Felipe II ordenó a Don Juan que sustituyera a Requesens. Los motivos que provocaron esta decisión del monarca fueron varios. Por un lado, con la reducción de la flota y de los recursos destinados a la Liga Santa, la presencia de Don Juan había dejado de tener sentido. Asimismo, su comportamiento durante su estancia en Italia, con especial atención a sus relaciones amorosas, combinadas con sus anhelos por jugar un papel político relevante dentro de la monarquía, también fueron motivos de alarma en la Corte madrileña. Era preciso que Don Juan saliese de Italia y se dirigiese a tomar posesión en los Países Bajos. No en vano se intentaba reproducir la iniciativa que tuvo Carlos V en 1531 de enviar a María de Hungría, su hermana, como gobernadora en un momento de crisis. La presencia en el territorio de un miembro de la Familia Real podía ayudar a rebajar el clima bélico en la región.

Consciente del fracaso del duque de Alba y de Luis de Requesens, sus antecesores en el cargo, Don Juan tuvo que aceptar con resignación el encargo, llegando a su nuevo destino en 1576. En febrero de 1577, consiguió su primer y último éxito en los Países Bajos, el Edicto Perpetuo. Según este texto, Don Juan se comprometía a la retirada de las tropas y a respetar las libertades de las provincias a cambio de que los rebeldes aceptasen su autoridad y el culto católico. Pero ese espejismo se rompió ese mismo verano, cuando las provincias de Zelanda y Holanda se negaron a aceptar lo referente a la tolerancia católica. De nuevo las armas se convirtieron en los únicos interlocutores válidos en los Países Bajos. El inmediato regreso de los tercios, bajo mando de Alejandro Farnesio, no hizo más que constatar el fracaso político de Don Juan. Asimismo, la ausencia de un Consejo Militar de nivel similar a los que le acompañaron en las campañas de Las Alpujarras o durante las jornadas de la Liga Santa, unido a los problemas económicos de carácter endémico que sufría la monarquía, hicieron que Don Juan reprodujese la misma sucesión de errores que sus antecesores.

**Felipe II**, por Alonso Sánchez Coello. Tras mantener alejado de la Corte a Don Juan, hizo traer sus restos mortales en 1579 para darle sepultura entre los suyos (Glasgow, Pollok House).

El último año de vida de Don Juan debió constituir un auténtico infierno personal. A los reveses militares y políticos sufridos en los Países Bajos se sumaron los desencantos personales que sufrió por entonces. Especial daño hizo el enterarse del asesinato de su secretario personal, Rafael Escobedo, mientras se encontraba en Madrid. Con su muerte, a instancias de Antonio Pérez y parece ser que con el beneplácito del monarca, Don Juan desarrolló el temor de ser algún día objetivo de los asesinos protestantes o de los esbirros de su propio hermano. Seguramente aún debía retener en su memoria el encarcelamiento de Don Carlos por orden de su propio padre, el Rey. El cansancio y la psicosis que desarrolló minaron aún más una salud ya de por sí débil desde su llegada a los Países Bajos, hasta el punto que unas fiebres tifoideas pusieron fin a su vida durante la primera semana de octubre de 1578, los mismos días en los que siete años antes ganó la fama y la admiración de toda la Europa cristiana. ■

# Pruebas de FUEGO

La rebelión de Las Alpujarras, la guerra contra el turco en el Mediterráneo y el avispero de los Países Bajos fueron los tres escenarios de crisis que pusieron a prueba a Don Juan de Austria. **Antonio Fernández Luzón** explica su actuación y los crueles métodos a los que no dudó en recurrir

Ávido de gloria, Don Juan de Austria siempre soñó con ser soberano del primer reino conquistado a los infieles, como le había prometido el papa Pío V. Las proezas guerreras no le dejaron tiempo más que para amores efímeros. Sólo sopesó, por razones políticas, la posibilidad de casarse con María Estuardo, reina de Escocia, con el fin de conquistar el trono de Inglaterra y conseguir que este país volviera a la obediencia de la Iglesia católica. Héroe de destino trágico, al final de su corta vida fue víctima de las intrigas de Antonio Pérez, que convenció a Felipe de que su hermanastro –endiosado por sus gestas militares– maquinaba a sus espaldas y que sus ambiciones políticas podían llevarlo incluso a la traición. Cuando el rey tuvo datos fehacientes de la lealtad de Don Juan y entendió que Pérez le había engañado, ordenó que se le rindieran *post mortem* los máximos honores y que fuese enterrado en el Monasterio de El Escorial, junto a su padre, Carlos V.

**Moriscos de Granada** en el siglo XVI, según una ilustración del *Weiditz Trachtenbuch*. Don Juan mandó degollar a más de 2.400 –hombres, mujeres y niños– en Galera, en 1570.

## La Guerra de Las Alpujarras

La aplicación de la dura Pragmática de 1567, que no sólo reiteraba las prohibiciones anteriores contra las costumbres de los moriscos, sino que agravaba su rigor, incendió los ánimos y favoreció los proyectos de rebelión. El levantamiento se inició en Las Alpujarras, en diciembre de 1568; se extendió hacia tierras de Almería y el norte de Granada y, en 1570, a la Serranía de Ronda. Con las tropas de elite en Flandes, la amenaza para la seguridad interna de España era muy grave, pese a que el temor general a un complot panislámico no llegó a cumplirse y la ayuda de los otomanos y de los berberiscos del norte de África a los rebeldes no pasó de 4.000 combatientes.

La guerra tomó desde el principio caracteres de extrema crueldad; los moriscos torturaron a los curas y quemaron iglesias; los cristianos saquearon y mataron sin distinción de edad ni sexo y, si no mataron más, fue por la codicia de hacer y vender esclavos. El conflicto se prolongó durante dos años y medio, porque en el interior de España no había tropas de calidad y la guerra se hizo con milicias señoriales y concejiles, carentes de disciplina y espíritu guerrero. Las discordias estuvieron presentes en ambos bandos. El rey de los moriscos sublevados, Abén Humeya, fue asesinado bajo la inculpación de traición, y la misma suerte corrió su sucesor, Abén Abóo. En el lado cristiano, eran patentes las diferencias entre el marqués de Mondéjar, partidario de la negociación, y el marqués de Los Vélez, inclinado al rigor. Felipe II, harto de las discrepancias, decidió, en abril de 1569, poner la dirección de la campaña en manos de su hermano Don Juan, que había reivindicado el cargo desde que estalló la revuelta. Dado que la experiencia militar y política de éste era escasa –sólo había sido durante unos meses capitán general de la flota del Mediterráneo, siempre asesorado por Luis de Requesens y Zúñiga–, el rey vigiló de cerca su actuación y puso a su lado, además de a Requesens, a un Consejo constituido por el marqués de Mondéjar, Diego de Deza, el duque de Sesa, el arzobispo de Granada y Luis Quijada.

Comparando las relaciones de los cronistas de la guerra –Diego Hurtado de Mendoza, Luis del Mármol Carvajal y

**Antonio Fernández Luzón** es profesor titular de Historia Moderna en la U.A. Barcelona.

**Felipe II ofrece al cielo a su hijo el infante Fernando, en una alegoría de la victoria de Lepanto, que dejó a los turcos postrados a los pies de la cristiandad (por Tiziano, Madrid, Museo del Prado).**

Ginés Pérez de Hita– hay que admitir que el papel de Don Juan no fue tan brillante ni caballeresco como sostienen sus hagiógrafos. Al principio no participó directamente en las operaciones militares por prohibición expresa del rey, ni consiguió imponer la disciplina necesaria en un ejército formado por tropas de poco valor. A partir de enero de 1570, Don Juan salió de la inactividad e impuso una estrategia de guerra "a fuego y sangre". Participó personalmente en la difícil conquista de Galera (10 de septiembre de 1570), donde empleó con acierto las minas y la artillería, mandó degollar a más de 2.400 supervivientes, mujeres y niños incluidos, arrasar la plaza y cubrirla de sal. Lentamente, la guerra más brutal, sucia y cruel librada en suelo europeo durante aquel siglo derivó hacia su final. Lo que cambió las tornas fue la importación masiva de armas de fuego y pólvora procedentes de Italia.

A finales del verano de 1570, la revuelta había concluido definitivamente. Don Juan, cumpliendo la decisión del Consejo Real, comenzó a organizar en septiembre la deportación de entre 50.000 y 80.000 moriscos, que fueron distribuidos en diferentes zonas de Castilla, destierro que supuso un punto de no retorno anunciador de su expulsión general de España, en 1609. Muchos moriscos murieron a causa de las penalidades sufridas durante la marcha. Don Juan, observando a los exiliados, escribió a Ruy Gómez, principal ministro del rey, que había sentido "la mayor lástima del mundo, porque al tiempo de la salida cargó tanta agua, viento y nieve, que cierto se quedaban por el camino a la madre la hija, y a la mujer su marido... No se niegue que ver la despoblación de un reino, es la mayor compasión que se puede imaginar".

## La Santa Liga y Lepanto

La Guerra de Granada terminó con tiempo suficiente para que España pudiera contrarrestar la amenaza mucho más peligrosa de las fuerzas islámicas combinadas en el Mediterráneo. Después de que los otomanos se apoderaran de Chipre, para hacer frente a la tremenda fuerza expansiva del Imperio turco, el papa Pío V consiguió que Venecia, España y el papado se unieran en la Santa Liga (20 de mayo de 1571). Los aliados se comprometían a constituir una armada de 200 galeras y 100 naves redondas, 50.000 soldados y 500 jinetes, que debería combatir a los turcos desde los Dardanelos hasta Argel. España tomaría a su cargo la mitad de los gastos, Venecia, la tercera parte y el Papa, la sexta.

Por decisión del papa Pío V, Don Juan de Austria fue nombrado generalísimo de la Liga por mar y tierra. Felipe II le dio instrucciones para combatir con audacia, pero sin renunciar a la prudencia. Según Cabrera de Córdoba: "Habíale mandado el Rey que siguiendo el parecer del Comendador mayor don Luis de Requesens, de Juan Andrea Doria y del Marqués de

## "Es hora de combatir"

La armada cristiana se componía de 208 galeras (106, de Venecia; 12, del Papa y 90, de España) y seis galeazas venecianas. Marinería y remeros sumaban 50.000; la tropa, 31.000 (21.000 españoles, 8.000 venecianos y 2.000 del Papa). Las mal equipadas galeras venecianas recibieron 7.000 soldados españoles. Los otomanos de Alí Pachá disponían de 275 galeras, con 13.000 marineros, 45.000 galeotes y 34.000 soldados. Aunque algo más numerosa que la cristiana, era inferior en artillería (750 cañones frente a 1.215) y arcabucería.

Se avistaron al alba del 7 de octubre. En ese momento, Don Juan de Austria despidió a sus capitanes: "Señores, ya no es hora de deliberar, sino de combatir". Formó en cuatro cuerpos. En vanguardia, las galeazas; tras ellas, en línea, el centro, con la capitana; la derecha, a la mar, Juan Andrea Doria; la izquierda, pegada a la costa, Agustín Barbarigo. Tras la línea de 171 galeras, que ocupaba unos ocho kilómetros, Álvaro de Bazán con la reserva.

La batalla comenzó a mediodía y se libró en tres partes. Primero entraron en fuego 264 cañones y más de 3.000 arcabuces de las galeazas, que cribaron la vanguardia otomana. El ala derecha turca, mandada por Siroco, a punto estuvo de envolver por tierra a los cristianos. Aunque Barbarigo murió en el choque, la intervención de la reserva derrotó a los turcos, pereciendo el propio Siroco. En el centro la lucha fue feroz y durante hora y media, sin tregua, se embistieron el grueso de las flotas, decidiendo el resultado la llegada de Bazán, tras su auxilio al ala izquierda. La muerte del almirante Alí dispersó a sus galeras. Andrea Doria, atraído por el astuto Uluch Alí, jefe de ala izquierda otomana, sufrió muchas pérdidas y apresamientos. Juan de Cardona y Álvaro de Bazán le salvaron y pusieron en fuga al corsario.

La lucha terminó a las 4.00 de la tarde, con no menos de 20.000 muertos y 40.000 heridos, en un reparto bastante similar; los vencedores tomaron 5.000 prisioneros y liberaron a 12.000 galeotes cristianos. Noventa galeras turcas fueron hundidas y 130 apresadas.

Santa Cruz, pelease, si necesario fuese, medio para atajar los daños que se antevían. Venciendo ganaba gran reputación a la Cristiandad, reprimía la soberbia turquesca arrogante por tantas victorias. Cuando esta licencia trajera Don Juan, poco importara quisiera el Pontífice y Venecia que se combatiera, pues no había de aventurar la gracia de su hermano en que estaban su bien y su ser".

## Oportunidad de gloria

La inmensa flota cristiana tardó algún tiempo en reunirse. A finales de agosto de 1571, Don Juan de Austria, que a la sazón contaba 24 años y se encontraba en la cumbre de su carrera, llegó a Mesina para asumir el mando. Al celebrarse la reunión del Consejo de la Santa Liga, el virrey de Nápoles, García de Toledo, Luis de Requesens y Juan Andrea Doria se mostraron reticentes a arriesgarlo todo en una batalla que siempre dependía de la ciega fortuna, y apostaron por hacer "la guerra defensiva y diversiva en ayuda de venecianos, socorriendo a Chipre". La determinación de Don Juan –que veía en la posible victoria la mayor oportunidad de gloria de su vida– fue decisiva para que la Santa Liga tomara la decisión de enfrentarse en combate naval a la escuadra turca.

La armada, que había zarpado en dirección a Corfú el 16 de septiembre, avistó a la flota turca el 7 de octubre a la entrada del golfo de Lepanto, junto a la costa griega. El mar estaba lleno de bajeles hasta donde alcanzaba la vista. La flota otomana casi igualaba a la cristiana, aunque ésta contaba con mucha mayor potencia de fuego de artillería y arcabuces. La estrategia ofensiva elegida por Don Juan dio magníficos frutos y, después de terribles combates, la victoria se inclinó del lado de los cristianos. La mayor batalla naval del siglo XVI –con una importante participación de la infantería, que combatió de galera en galera– se saldó con una masacre sin parangón en la Historia de Europa. Las bajas –quince galeras perdidas y unos 8.000 muertos y 14.000 heridos– de la Santa Liga no daban motivo para el júbilo. Entre los heridos llamados a una fama imperecedera estaba Miguel de Cervantes, cuya mano izquierda quedó inútil. El mismo Don Juan, que estuvo siempre en la primera línea de batalla, combatiendo con ardor, sufrió una herida en un pie. Los turcos, con 122 barcos hundidos y cerca de 130 capturados, sufrieron 25.000 muertos y 10.000 prisioneros.

**Los tres vencedores de Lepanto**, Don Juan de Austria, Marco Antonio Colonna y Sebastián Veniero (de izquierda a derecha), en un retrato anónimo italiano (Viena, Kunsthistorisches).

Aunque a Don Juan cabe atribuirle el honor de ser el artífice máximo de la victoria, no hay que olvidar que Felipe II había puesto a su lado un consejo privado constituido por expertos marinos –Luis de Requesens, Álvaro Bazán y Juan de Cardona– para que le asesorasen y moderaran sus arranques juveniles. Además, según lo dispuesto en el acuerdo de la Santa Liga, tenía prohibido tomar resoluciones de importancia por su exclusiva autoridad, debiendo éstas adoptarse por mayoría de votos de los almirantes español, veneciano y pontificio. Los jefes militares más maduros y expertos tuvieron que templar los ímpetus del joven caudillo en un incidente previo a la Batalla de Lepanto, que pudo traer consecuencias fatales. Cuando el general veneciano, Sebastián Veniero, intervino en una reyerta entre marinos de su nación y arcabuceros españoles y napolitanos, de resultas de la cual

## ¿Victoria española o italiana?

La que ha sido celebrada como la hazaña militar más memorable del reinado de Felipe II, en realidad fue una victoria italiana más que española, tanto por la aportación naval como financiera, suministro de armas, soldados, equipos y vituallas. Pese a que Lepanto puso fin a la preeminencia turca en el Mediterráneo, la pasividad que siguió a la victoria fue muy criticada. El Senado de Venecia se quejó de que los aliados no redondearan el triunfo obtenido, prosiguiendo la guerra contra el turco, reconquistando Grecia y organizando una expedición hacia Constantinopla. Cabrera de Córdoba, en su *Historia de Felipe II*, lanzando un dardo envenado contra la afición de Don Juan por las mujeres, escribió: "Ninguna victoria mayor, más ilustre y clara, abriéndoles camino para una gran fortuna, ninguna más infructuosa por el mal uso de ella. Así lo entendieron los más expertos de valor y consejo y práctica en los estados del turco. Veniero por repararse y entrar con triunfo en Venecia, el Colona en Roma, Don Juan, por obediente a su hermano y gozar de la gloria en Nápoles, donde deseaba y procuraba aficionadamente pagar bien a las damas su amor, inutilizaron su trabajo".

Fernando Álvarez de Toledo, **duque de Alba,** que precedió a Don Juan en el gobierno de los Países Bajos, en un retrato de Tiziano.

El príncipe de Orange ordeñando **la vaca de los Países Bajos**, sobre la que va montado un disgustado Felipe II, en una caricatura de escuela inglesa (Amsterdam, Rijksmuseum).

mandó ahorcar de una entena al capitán Curcio Anticocio y a otros dos soldados a sueldo de España, Don Juan se sintió tan agraviado que resolvió ajusticiar al general italiano. Sólo la intervención del Consejo logró aplacarle. Según Cabrera de Córdoba, "[Don Juan] hiciera gran demostración contra el Veniero, a no disponerlo con prudencia y templanza Marco Antonio Colona, el Doria, el Requesens y Barbarigo".

En la campaña de la Santa Liga de 1573, Don Juan decidió conquistar Túnez, donde entró sin resistencia el 11 de septiembre, posiblemente con la secreta ilusión de conseguir un reino, o más bien de hacerse rey, lo que tentaba al joven príncipe más por el prestigio del título que por el poder en sí mismo. El papa Gregorio XIII respaldaba esta opción y escribió a Felipe II: "Sería bien considerar si no ganaría en poder y autoridad [Don Juan] si fuese investido del título de Rey de Túnez, de modo que Vuestra Majestad pueda demostrar su gratitud a Dios por la conquista, a la manera de vuestros antepasados, fundando un nuevo reino cristiano". Pero el rey de España, prudente y caviloso, ya fuera porque estaba obsesionado con la rebelión de Flandes o porque las ganas evidentes que tenía Don Juan de acceder al estatuto real permitieron al intrigante secretario de Estado, Antonio Pérez, despertar sus recelos para con su medio hermano –la antítesis del rey-burócrata y el héroe guerrero que Felipe nunca quiso ni se atrevió a ser–, desestimó el plan y la esperanza de Don Juan de ceñir una corona se esfumó. En 1574, los turcos consiguieron recuperar Túnez y La Goleta, y Felipe II se negó a conceder a Don Juan una de sus más acariciadas metas: la promoción al estatuto de infante de España con el título de alteza. Para el vencedor de Lepanto comenzaba el tiempo de la desdicha. Las maniobras de Pérez, mientras el rey recibía pruebas constantes de la lealtad de Don Juan, tuvieron poca importancia. Más tarde, cuando gobernara los Países Bajos, sería otro cantar.

## El avispero flamenco

La rebelión de las provincias no católicas de los Países Bajos fue el hecho que marcó más profundamente la gestión gubernamental de Felipe II, su prestigio y la suerte de su Imperio. El rey logró la mayor parte de sus objetivos en el Mediterráneo y América, pero no en los Países Bajos ni en Inglaterra. Tres consideraciones principales complicaban el ejercicio de un control eficaz sobre los Países Bajos por el gobierno español: la laberíntica estructura política de la zona, dividida en 17 provincias con leyes y asambleas propias, la delicada ubicación geoestratégica del territorio y la rápida difusión de las doctrinas protestantes. Los problemas financieros, el rigor católico que Felipe II defendía como principio irrenunciable y su descuido por las posesiones del norte, habían

## Gritos, tiros, fuego, humo

Jamás se vio batalla más confusa; trabadas las galeras una por una y dos o tres con otra, como les tocaba la suerte... El aspecto era terrible por los gritos de los turcos, por los tiros, fuego, humo; por los lamentos de los que morían. El mar vuelto en sangre, sepulcro de muchísimos cuerpos que movían las ondas, alteradas y espumeantes de los encuentros de las galeras y horribles golpes de la artillería, de las picas, armas enastadas, espadas, fuegos, espesa nube de saetas... Espantosa era la confusión, el temor, la esperanza, el furor, la porfía, tesón, coraje, rabia, furia; el lastimoso morir de los amigos, animar, herir, prender, quemar, echar al agua cabezas, brazos, piernas, cuerpos, hombres miserables, parte sin ánima, parte que exhalaban el espíritu, parte gravemente heridos, rematándolos con tiros los cristianos. A otros que nadando se arrimaban a las galeras para salvar la vida a costa de su libertad, y aferrando los remos, timones, cabos, con lastimosas voces pedían misericordia, de la furia de la victoria arrebatados les cortaban las manos sin piedad, sino pocos en quien tuvo fuerza la codicia, que salvó algunos turcos".

**Luis Cabrera de Córdoba**, *Historia de Felipe II.*

propiciado la aparición de una situación de rebeldía religiosa y política extremadamente peligrosa. En el verano de 1566, Margarita de Parma, regente de Flandes, advertía histérica a su hermano Felipe que la mitad de la población se hallaba contaminada por la herejía y que 200.000 personas habían tomado las armas contra su autoridad.

La decisión del monarca de no viajar personalmente a los Países Bajos y dejar la resolución del conflicto en manos del duque de Alba (1567-1573), que aplicó una dura política represiva, y después del más tolerante don Luis de Requesens (1573-1576), que debía poner fin a la guerra "por moderación y clemencia", resultó ser un error fatal. Felipe II practicaba las que Geoffrey Parker ha denominado técnicas de gobierno por "control remoto", intentando supervisar personalmente las operaciones a más de mil kilómetros de los acontecimientos, de modo que los planes que trazaba quedaban desfasados una y otra vez por el tiempo y la distancia.

La bancarrota de 1575 parece haber sido lo único que obligó a Felipe a tomar decisiones estratégicas drásticas. Las tropas de los Países Bajos, que no habían cobrado sus sueldos, se amotinaban y desertaban, dando pábulo a un incremento de los desórdenes. Cuando el 5 de marzo de 1576 falleció Requesens, fue relevado en el cargo de gobernador por Don Juan de Austria. Éste, pese a que recibió la orden de trasladase directamente desde Nápoles a Bruselas, se dirigió a Madrid para exponerle al Rey su intención de utilizar el ejército de Flandes para invadir Inglaterra, casarse con María Estuardo, destronar a Isabel I y convertirse en gobernante de Inglaterra y de los Países Bajos. Don Juan contaba con el apoyo del papa Gregorio XIII para hacerse con la corona inglesa, pero Felipe, con las arcas aún vacías y los holandeses controlando la casi totalidad de los Países Bajos, desestimó el plan y le dio a su hermano instrucciones precisas para conseguir la paz con los rebeldes a cualquier precio, "salvando sobre todo la religión y mi obediencia".

En la Batalla de Gembloux, los rebeldes flamencos huyeron a la desbandada, como muestra este grabado de Franz Hogemberg, (Madrid, Biblioteca Nacional).

Las tropas de Flandes, a quienes se debían varios meses de sueldo, y que además se habían quedado sin mando por la inopinada muerte de Requesens, saquearon Amberes y dieron muerte a siete mil de sus habitantes (noviembre de 1576). La furia de los tercios conmocionó a Europa y arruinó la credibilidad de la política española en Flandes. La reprobación de aquel hecho y el temor a que se repitiera acercaron los Estados del sur a los del norte; por la pacificación de Gante, acordaron de momento olvidar sus diferencias religiosas y aunar sus esfuerzos para arrojar a los españoles del país. Éste fue el panorama que halló a su llegada Don Juan de Austria, el nuevo gobernador de Flandes.

## La furia de los tercios en el saqueo de Amberes, en 1576, arruinó la credibilidad de la política española en Flandes

Siguiendo las instrucciones del Rey, en febrero de 1577 promulgó el llamado Edicto Perpetuo y ordenó la retirada de las tropas españolas, después de haber vendido sus alhajas para pagarles.

### Masacre en Gembloux

Cuando los calvinistas interrumpieron la tregua religiosa en 1578, Don Juan, gracias a una genialidad militar de Alejandro Farnesio, masacró en Gembloux a las fuerzas que ahora actuaban unidas en la revuelta dirigida por Guillermo de Orange. Pero su talento militar –falto de recursos– no era suficiente, por primera vez, para alcanzar la victoria final. Además, tenía las manos atadas para tomar decisiones políticas, porque Antonio Pérez –aprovechando la ingenuidad con que Don Juan y su secretario Escobedo exponían sus proyectos en las cartas que le escribían y que él modificaba antes de enseñárselas al Rey– había logrado convencer a Felipe II de que su hermano ocultaba peligrosas ambiciones. Mientras Escobedo se hallaba en Madrid, enviado para activar los recursos que Don Juan necesitaba en Flandes e impulsar su designio de invadir Inglaterra, fue asesinado por unos sicarios pagados por Antonio Pérez. De este crimen odioso fue cómplice el propio Rey, persuadido de que Don Juan era el instrumento ciego de su secretario, que intentaba llevar al Príncipe al camino de la traición.

Cuando se enteró del asesinato de su secretario, el fiel Escobedo, en abril de 1578, Don Juan perdió toda esperanza y comprendió que Felipe II no concedía ningún crédito a sus planes y, al fin y al cabo, no se fiaba de él. Era el golpe de gracia a su capacidad de gobierno y a sus sueños de promoción a la realeza. Descorazonado por habérsele confiado una empresa que superaba con mucho sus medios y su talento político, Don Juan de Austria, el caudillo militar más carismático y popular de Europa, fue víctima de una epidemia de tabardillo y murió el 1 de octubre de 1578. ■

# Personaje de LEYENDA

Sus triunfos militares le convirtieron ya en vida en un héroe celebrado en medallas, grabados y estatuas. Su prematuro final terminó de catapultarle al olimpo de los inmortales. **Josep Palau Orta** reconstruye los vaivenes históricos de una leyenda que sigue sin perder lustre

Para evitar disputas durante el funeral por el alma de Don Juan de Austria, el príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, ordenó que seis capitanes de todos los regimientos llevaran el cuerpo del difunto. Los españoles querían tener el honor de cargar con él, al considerar que el honorable fallecido era hermano de su rey, los alemanes reclamaban este privilegio por ser compatriota suyo y los flamencos, por el respeto que le debían a su gobernador general. A pesar de que las exequias se celebraron en la catedral de Namur, tan sólo los intestinos permanecieron enterrados allí. Pocos meses después, y bajo orden secreta de Felipe II, se exhumó el cadáver y, cortado en pedazos por las articulaciones, fue trasladado a España en bolsas de piel. Ya en Madrid, se recompuso el cuerpo de Don Juan, que recibió finalmente sepultura en El Escorial, donde cuatro años antes había sido enterrado el emperador Carlos V.

Además, Felipe II había ordenado la completa destrucción de los archivos personales del fallecido. Si bien esta decisión ha dificultado la investigación posterior sobre la figura de Don Juan, subraya la relación cainita existente entre ambos y sobre la que ha girado gran parte de la imagen histórica de Don Juan en tanto que *alter ego* de Felipe II: la de hermanastros y rivales a la vez.

En 1575 el diplomático veneciano Geronimo Lippomano describía a Don Juan de Austria como un hombre de mediana estatura, de corpulenta constitución y admirable gracia; con pequeña barba, grandes mostachos y cabello largo peinado hacia atrás, lo que le daba tanta grandeza como los vestidos suntuosos y delicados que llevaba, que maravillaban con sólo verlos. Lippomano había conocido personalmente a Don Juan años atrás cuando, como enviado veneciano, había compartido con él las mieles de la victoria en la Batalla de Lepanto.

El triunfo de la Liga Santa en Lepanto supuso el lanzamiento internacional de la figura de Don Juan. Al poco de conocerse la noticia de la victoria, multitud de colecciones de medallas e impresos fue realizada por todo el orbe cristiano, con bustos esculpidos en relieve o con magníficos grabados de su victorioso comandante. Entre los muchos ejemplos se pueden citar las medallas de Lepanto y Túnez realizadas por Giovanni Milon, que se conservan en los museos de Madrid, Viena y Bruselas, o el grabado realizado por Gaspar Padovano e impreso por Francesco Terzi en Bérgamo en 1573, donde aparece vestido con una reluciente armadura.

Asimismo, entre las muchas pinturas realizadas del héroe de Lepanto destacan las de Alonso Sánchez Coello. En una de ellas Don Juan aparecía victorioso con un león a sus pies y con los hijos cautivos de Alí Pasha, el almirante turco, a su derecha. Lamentablemente, esta obra fue destruida en el incendio del Alcázar de los Austrias, en 1734. Otras, sin embargo, se han conservado gracias a la acción de particulares. Éste es el caso del gran biógrafo de Don Juan, el historiador inglés sir William Stirling-Maxwell quien, en 1855, adquirió en subasta un retrato de Don Juan realizado por Sánchez Coello que pertenecía a la colección del depuesto rey francés Luis Felipe.

Medalla de Don Juan de Austria, que conmemora la **toma de Túnez** en 1573. Es la mejor de las producidas por Giovanni Milon en Nápoles, antes de la marcha del general a los Países Bajos.

**Josep Palau Orta** es profesor titular de Historia Moderna en la U. A. Barcelona.

La representación más importante de Don Juan de Austria como victorioso comandante de la Liga Santa en la Batalla de Lepanto es la estatua de bronce que se conserva en la Piazza dell'Annunziata de la ciudad italiana de Mesina. Erigida en su honor en 1572, la estatua es obra de Andrea Calamech, un refinado artista de Carrara y discípulo de la escuela de Bartolomeo Ammanati. La figura es colosal, dispuesta en un enorme pedestal de mármol blanco adornado con inscripciones, bajorrelieves y un fino friso. Don Juan lleva en su mano derecha y con el brazo extendido un bastón de mando formado por tres palos unidos, lo que recuerda la participación triple de los Estados Pontificios, el ducado de Venecia y la monarquía hispánica en la Liga Santa, bajo la comandancia de Don Juan. Su torso está recubierto con una elaborada armadura y en el frontal del pedestal encontramos un bajorrelieve de bronce donde se encuentra representada una alegoría de la victoria, con una larga inscripción en latín recordando la batalla. Su expresión denota la absoluta seguridad en el éxito y la gran capacidad, firmeza y autoridad en el mando.

Esta imagen de un Don Juan invencible y victorioso se repetirá hasta la saciedad en las crónicas de sus coetáneos. En uno de los libros de gestas más populares de la Edad Moderna, *La Floresta española* (1574), Melchor de Santa Cruz dedica la obra a Don Juan, por ser la viva presencia de lo que en el libro se describe. Por su parte el señor de Brântome, Pierre de Bourdielle, presenta a Don Juan en su *Grands capitaines estrangers* como el más perfecto de entre los príncipes, mientras que su propio secretario, Juan Bautista de Tassis, aseguró que la naturaleza de su señor era de por sí invencible.

## Elogios de propios y ajenos

Estos elogios no se contradicen con las opiniones realizadas por enemigos de la propia causa de la monarquía hispánica. El antiguo secretario de Felipe II, Antonio Pérez, afirmó, poco después de la muerte de Don Juan, que fue "hombre de noble naturaleza y espíritu", que realizó grandes gestas para el servicio y reposo de su Majestad. Por el contrario, Guillermo de Orange en su *Apología* (1581) aseguraba que la única diferencia entre Don Juan y sus predecesores

**Retrato anónimo de Don Juan de Austria, que subraya su condición militar y representa su rostro de perfil, como era habitual en medallas y grabados (Santander, col. particular). A la izquierda, armadura y rodela de Don Juan (Viena, Kunsthistorisches Museum).**

en el gobierno de los Países Bajos era que su alocada juventud lo hizo más impaciente por ensuciarse las manos con la sangre holandesa.

Si bien esta opinión expresa a buen seguro el juicio que quería mostrar Guillermo de Orange contra quien había sido su rival, no muestra en cambio la del verdadero autor de la *Apología*, el escritor flamenco Hubert Languet. Amigo y defensor de la causa de Orange, Languet expresó en sus cartas privadas una imagen totalmente distinta de la presentada en la *Apología*. En una carta escrita al elector de Sajonia en 1583, Languet señala cómo la muerte de Don Juan había removido aún más los intereses de la monarquía hispánica en los Países Bajos, porque ninguna otra persona "puede encontrarse en España capaz de comandar el ejército con la autoridad que él poseía, derivada de la memoria de su padre". Languet también destaca sus grandes logros para la cristiandad contra los turcos y los moriscos, a quienes venció en todas las batallas. Finalmente, lamenta su temprana muerte, considerando que no era el culpable de las calamidades de los Países Bajos, pues comandaba los ejércitos españoles bajo la obediencia y los deseos de otro: su hermanastro Felipe II.

## La más alta ocasión de los siglos

Entre las primeras obras realizadas sobre Don Juan de Austria después de su muerte, se encuentra el poema lírico *La Austriada* (1584) de Juan Rufo, en el que el autor describe la Batalla de Lepanto en su supuesta condición de miembro de la galera real desde la que Don Juan dirigió las naves de la Liga Santa hacia la victoria contra los turcos. Esta misma imagen de Lepanto como gran éxito de la cristiandad es la que presentó de forma indirecta don Miguel de Cervantes en el prólogo a la segunda edición de *El Quijote,* como respuesta a las críticas vertidas contra él por Alonso Fernández de Avellaneda: "Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiese sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mi, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan los venideros".

Hasta el año 1627 no aparece la primera biografía publicada de Don Juan de Austria, realizada por el vicario de Jubiles, don Lorenzo Vanderhammen y León. En su *Historia de Don Juan de Austria,* Vanderhammen presenta su juventud, su actuación en la Guerra de Las Alpujarras, las campañas navales entre 1571 y 1572, la captura y pérdida de Túnez y sus últimas peripecias en los Países Bajos. Amigo de Quevedo, Vanderhammen era un buen conocedor de la historia del reinado de Felipe II. En 1632 publicó una biografía de este monarca, titulada *Don Felipe el Prudente.* En ambas obras no trata de oponer a ambos, sino exaltar sus distintas figuras. En esta misma línea de panegírico indiscriminado de ambos personajes, el licenciado y cura de los Valles de Sacedón y Corcoles, del obispado de Cuenca, Baltasar Porreño, en la década de 1620 realizó una obra manuscrita titulada *Historia del serenisimo Señor Don Juan de Austria hijo del invictisimo Emperador Carlos V.* Porreño señala que la muerte de Don Juan fue "más lamentada en España que incluso la de Hispano, quien dio nombre a la tierra, y por la cual las mujeres, que antes de ese momento solían vestir velos blancos, han vestido desde entonces velos negros".

**Cervantes** se alista para combatir en el ejército, en la visión historicista de Eduardo Zamacois, de 1863. El escritor contribuyó indirectamente a la temprana mitificación de la Batalla de Lepanto.

Grabado de Don Juan de Austria que recuerda su condición de **hijo del emperador** y sus hazañas militares (Madrid, Bib. Nac.).

De todos modos, se empieza a advertir en todas estas obras una clara distinción en la descripción de los caracteres y comportamientos de los dos hermanos. Don Juan progresivamente será identificado con la figura de su padre Carlos V, en tanto que buen conocedor de lenguas y pueblos, viajero inagotable o guerrero y militar victorioso. Una imagen contrapuesta con la de un rey Felipe II relegado a una condición de burócrata y administrador de vastas posesiones en todo el mundo.

Esta contraposición se incrementó a finales del siglo XVII por las primeras biografías realizadas por autores no hispanos y se alargó hasta el siglo XX. Es el caso de las obras realizadas por Bruslé de Montpleinchamp (1690), Alexis Dumesnil (1827) y el hispanista belga Louis-Prosper Gachard (1894). Los dos últimos publican, además, sendas biografías de Felipe II. Fue, empero, el primer gran biógrafo académico de Don Juan de Austria, el historiador inglés Sir William Stirling-Maxwell, el que definitivamente asentó las bases de esta contraposición.

En su obra titulada *Don John of Austria, or passages from the history of the Sixteenth Centur*y (1547-1578), publicada en Londres en 1885, Stirling-Maxwell presenta una biografía en dos extensos volúmenes, con numerosas referencias bibliográficas y un gran detallismo en la exposición de las gestas y de las vicisitudes de Don Juan. Stirling-Maxwell recorre todas las etapas de la vida de Don Juan, mostrando un hombre que supo hacer frente a todas las vicisitudes que se le fueron planteando y que finalmente tuvo la mala suerte de morir en la plenitud de su vida. Asimismo, presenta un Felipe II envidioso de los éxitos continuos de su hermanastro, del que no tenía constancia hasta el momento mismo de ser coronado rey a la muerte de su padre. Desde esta óptica, la figura de Don Juan de Austria fue utilizada como el *alter ego* perfecto de Felipe II. Frente al monarca de la leyenda negra se erigió un Don Juan de Austria que podría haber llevado a cabo las empresas que su hermano ni supo, ni pudo, ni quiso realizar.

## Las peripecias de *Jeromín*

Ante este esquema, bien poco podía hacer la historiografía decimonónica española para recuperar la memoria de Felipe II, sin dañar la imagen de Don Juan de Austria. Intentar revisar la figura de Don Juan de Austria hubiera sido contraproducente. Ante la percepción de una España despreciada desde el extranjero, se necesitaba mantener a un héroe para la gloria nacional, como lo era el de Lepanto. Tal vez por eso los estudios sobre su figura desde España fueron tan escasos desde entonces, decantándose hacia el estudio de la desacreditada figura de Felipe II.

Entre las obras con mayor influencia, está la realizada por el jesuita Luis Coloma, *Jeromín* (1908). Académico de la Historia, célebre escritor costumbrista y miembro de una generación preocupada por la imagen internacional de España, el padre Coloma narra las peripecias de Jeromín, el joven hijo bastardo de Carlos V, que terminará por convertirse en el mejor prototipo de caballero cristiano fiel a sus ideales y a su país.

En los años posteriores a la Guerra Civil, empiezan a encontrarse mayores referencias históricas, literarias y artísticas a la figura de Don Juan. El 15 de abril de 1939, por ejemplo, los tercios de la Legión española desfilaron en Sevilla para celebrar su victoria en terreno andaluz. Entre los tercios se encontraba el *Don Juan de Austria* de Larache. Poco tiempo después, el escritor y autor de diversas obras sobre la batalla de Lepanto, Joaquín Martínez Friera, publicó *El caudillo de la fé: poema heróico de Don Juan de Austria*, mientras historiadores como Manuel Ferrandis y Pedro Flores de Casanova describieron en sendas biografías a Don Juan como "paladín de la cristiandad" (1942) o "protoestandarte de la fe" (1955), respectivamente. Desde el extranjero, el escritor católico y caballero de la Orden del Santo Sepulcro, Louis de Wohl, consiguió un gran éxito editorial con su novela *The Last Crusader* (1958), traducida poco tiempo después al español como *El vencedor de Lepanto*.

El cine español no quedó ajeno a esta campaña de glosa de la figura de Don Juan de Austria. El director valenciano Luis Lucia dirigió en 1953 la película *Jeromín* (1953), basada en la obra homónima del padre Coloma, con la participación del jovenzuelo Jaime Blanch como Don Juan de Austria y la colaboración de Adolfo Marsillach en el papel de Felipe II.

En el marco de utilización literaria y artística de la figura de Don Juan, pocos se aproximan a su realidad histórica. Cabe destacar, sin embargo, a sir John Petrie, presidente de la Sociedad de Historia Militar de Irlanda y correspondiente de la Real Academia de la Historia española y del Instituto Fernando el Católico, que aporta una nueva imagen de la relación entre los dos hermanastros: frente a la admirable prudencia de Felipe II, la indeseable temeridad de Don Juan. En dos biografías publicadas en 1967 –*Philip II of Spain* y *Don John of Austria*–, revisa la tradicional imagen de Don Juan. Mientras que Felipe II es presentado como un gran estadista atento a todos los sucesos que acontecían en sus vastos territorios, Don Juan de Austria aparece como un alocado militar, que primó sus propios intereses por encima de los verdaderos intereses de la monarquía. En su opinión, "tal vez su temprana muerte fue en los mejores intereses de sí mismo y de su país", un país que tuvo la suerte de que "su maestro y hermano fuera Felipe II, bien denominado *El Prudente*".

Desde entonces, la imagen de Don Juan ha suscitado algunas publicaciones, que insisten en los viejos tópicos. La última biografía publicada hasta el momento, obra del historiador francés Bartolomé Bennassar, puede servir como ejemplo de la imagen hoy vigente del hijo del emperador Carlos V. Don Juan de Austria ha acabado por convertirse históricamente en todo un héroe para todo un imperio. ■

**DON JUAN ES EL *ALTER EGO* DE FELIPE II, EL HOMBRE QUE PODRÍA HABER HECHO LO QUE SU HERMANASTRO NI SUPO, NI PUDO, NI QUISO**

Don Juan se refugia en el castillo de Namur, en esta **visión protestante** del militar español, obra de Franz Hogemberg (Madrid, B. Nac.).

### PARA SABER MÁS

BENNASSAR, B., *Don Juan de Austria. Un héroe para un Imperio*, Madrid, Temas de Hoy, 2001.
BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 vols., Madrid, 1976.
GARCÍA CÁRCEL, R. (coord.), *Historia de España. Siglos XVI y XVII. La época de los Austrias*, Madrid, Cátedra, 2003.
PARKER, G., *La gran estrategia de Felipe II*, Madrid, Alianza, 1998.
PETRIE, CH., *Don Juan de Austria,* Madrid, Editora Nacional,1968.